

ASPECTOS DE LA DOMINACION SOVIETICA EN LA EUROPA ORIENTAL

Las recientes declaraciones del Secretario de Estado norteamericano, John Foster Dulles, ante el Congreso de los Estados Unidos el día 26 de febrero de 1953, han venido a coincidir con otras muy anteriores del Jefe del Estado español. Efectivamente, en noviembre de 1948, con ocasión de la entrevista concedida a la revista «Newsweek», el Generalísimo Franco manifestó su creencia de que «en todos los países ocupados por la U. R. S. S. existía un profundo espíritu de resistencia», añadiendo que los Estados Unidos habían cometido un grave error político al no declarar que el destino de países tales como Polonia, Hungría y Eslovaquia no volvería a ser objeto, por parte de ellos, de futuros tratos con Rusia. Terminaba, por último, aconsejando a las potencias occidentales que alentaran el movimiento de resistencia de los países de allende el telón de acero. Años más tarde, el 16 de mayo de 1952, la voz del Jefe del Estado español se hizo escuchar de nuevo, en el mismo sentido, en las Cortes españolas: «España es el único país que no ha reconocido las situaciones originadas por el abandono a la U. R. S. S. de los pueblos del Este de Europa y que propugna se mantenga, sin la menor concesión, la necesidad de devolver la libertad a esos pueblos esclavizados bajo la tiranía roja, para lo que consideramos insuficiente la táctica de renuncia y de apaciguamiento, que arroja sobre los pueblos occidentales una tacha moral y de inconsciencia de la que no queremos ser partícipes.»

Las palabras de Franco han encontrado una expresión casi paralela en las declaraciones de Foster Dulles: «Los Estados Unidos no tomarán nunca parte en cualquier negociación ni trato internacionales que podrían confirmar el dominio del despotismo sobre otras naciones de Europa.» Esta nueva línea ha atraído la atención del Congreso norteamericano, que a la sazón estudia la resolución propuesta por el Presidente Eisenhower en el sentido de que se aliente la resistencia de los pueblos sometidos a la dominación soviética.

El hecho de que las ideas de España hayan encontrado eco en la Administración norteamericana nos ha movido a escribir estas líneas.

con el propósito de informar a nuestros lectores sobre algunos de los aspectos más importantes de los problemas planteados en los países dominados por la Unión Soviética.

I.- *Génesis del antisemitismo.*

En el año 1939, en todos los países actualmente dominados por la U. R. S. S., excepción hecha de Checoslovaquia, los partidos comunistas arrastraban una existencia vegetativa. Las masas obreras se hallaban adscritas, casi en su integridad, a las organizaciones socialistas o a los movimientos nacionales, cuya influencia política había crecido considerablemente y de modo progresivo en los años que precedieron a la segunda Guerra Mundial. En realidad, los partidos comunistas de los países del telón de acero habrían muerto, como las ramas secas de los árboles, de no haber sido por el apoyo activo de los *ghetos*, cuyos miembros militaban en el comunismo, y, sobre todo, por las subvenciones que aquéllos recibían de Moscú. Las razones del poco vigor del partido comunista en dichos países hay que encontrarlas en la proximidad física de la Unión Soviética. Nadie mejor que ellos conocían la realidad viva de Rusia, y de ahí todas sus reservas. Por otra parte, la liquidación de la mayoría de los líderes comunistas rumanos, polacos, húngaros y otros, acaecida a partir del año 1930, provocó una reacción contraria a la política comunista. Si por vía de ejemplo examinamos la historia del partido comunista polaco, fácil nos será comprobar cuanto acabamos de decir. En el año 1938, el partido comunista polaco fué disuelto por orden del Kremlin. Su desaparición de la escena política fué seguida de la eliminación de sus más destacados cabecillas. Efectivamente, al estallar la guerra, ninguno de ellos quedaba con vida. Y si el actual primer ministro de Polonia, Boleslau Bierut, único superviviente de los viejos comunistas polacos, parece desmentir aquella exterminación, ello es debido a que en la época de las depuraciones se hallaba fuera de Polonia, encargado de los asuntos checos y austríacos, en su calidad de miembro de la Kominfo. Precisamente la circunstancia de encontrarse ausente de la vida política de Polonia fué la causa de que escapara de la suerte que siguieron sus camaradas de Varsovia. El ejemplo de Polonia tuvo copia fiel en los demás países de la actual área comunista. Por ello, si el partido comunista pudo constituir un peligro en potencia, no fué a causa de su propio vigor, sino debido a la proximidad de la Unión Soviética.

Cuando las tropas del Reich sufrieron el primer descalabro en tierras de Rusia y se inició su retirada hacia Occidente, el ejército soviético llevaba a su retaguardia los equipos que habían de constituir los gobiernos de los países ocupados. La consolidación del régimen comunista

en estos países—Polonia, Rumania, Checoslovaquia, etc.—, con la única excepción de Yugoslavia, no hay que atribuirla, pues, a los respectivos movimientos de resistencia. En realidad, las guerrillas comunistas, pese a la ayuda soviética, eran prácticamente insignificantes. El grueso del movimiento de resistencia tenía un acentuado carácter nacional y carecía del ingrediente comunista que tuvo en otros países de Occidente, como Francia e Italia. La consolidación del régimen comunista en los países de la Europa oriental había de tropezar con el obstáculo del movimiento de resistencia no comunista. Por eso fué por lo que, de modo sistemático, fueron desapareciendo sus dirigentes más destacados.

En los equipos gubernamentales que Rusia tenía dispuestos para los países liberados, el número de judíos era sorprendente. Casi todos los futuros dictadores o subdictadores de los países de la Europa oriental eran de origen israelita; así, Pauker y Roitman, en Rumania; Rakoszi y Auspitz, en Hungría; Berman, Minz y Borejsza, en Polonia; Slanzky y London, en Checoslovaquia, etc.

Tras estos líderes, hoy universalmente conocidos, vinieron de Rusia legiones enteras de judíos comunistas o comunizantes que, desde las persecuciones hitlerianas, habían buscado refugio en la Unión Soviética, y que, al iniciarse el regreso a las tierras de origen, se habían procurado los más importantes cargos públicos, cuyo número aumentaba entonces en progresión creciente, a medida que avanzaba la nacionalización de los bancos, de la industria, del comercio etc. Un chiste que en el año 1948 circulaba en Varsovia es buena prueba del gran número de judíos que figuraban ocupando los cargos más importantes de la nueva República popular polaca; el chiste venía a ser, poco más o menos, el siguiente: «Si quieres suicidarte, disfrazate de árabe y entra en un ministerio».

En los años 1945-52 se repitió, en los llamados países satélites, la historia de Rusia correspondiente al período 1917-28, aunque en menor escala. Esta época de la historia soviética se caracterizó por la penetración de los judíos en la administración y la política soviéticas, como consecuencia de la desconfianza que la Revolución sentía hacia los funcionarios del tiempo de los zares y, sobre todo, por la carencia de personas preparadas para desempeñar los cargos públicos. A la vuelta del año 1928, coincidiendo con el momento de la victoria de Stalin sobre Trostky, se inició en Rusia un suave antisemitismo. Poco a poco los judíos fueron desapareciendo de la administración, aunque oficialmente la discriminación racista seguía siendo condenada. Uno de los conocedores polacos de los problemas soviéticos, Mackiewicz, destacaba acertadamente que el pacto Stalin-Hitler no hubiese sido posible si en el año 1339 la administración soviética hubiera sido la misma que la del año 1920. No obstante, antes de la firma de este pacto, se creyó necesaria la sustitución de Litvinov-Walach por Molotov-Skriabin.

En la soviétización de la Europa oriental, los judíos han desempeña-

do un papel semejante al que en otro tiempo representaron en la revolución rusa. Han aportado su fanatismo, su incondicionabilidad, su inteligencia y dinamismo. Pero, igual que entonces, su estrella ha comenzado a declinar. Los judíos comienzan a ser sustituidos gradualmente por los rusos y por la joven generación de comunistas nacionales educados ya en la verdadera disciplina del partido. El antisemitismo que en los últimos años de su vida demostró Stalin, constituye una prueba de que los servicios de los judíos no son ya tan necesarios como antaño. En la actual fase de la revolución en los países satélites es más importante para sus dirigentes la disciplina del partido que el dinamismo revolucionario. Los judíos constituyen un elemento eminentemente activista, intelectualmente inquieto y muy inteligente, aunque con acentuado espíritu crítico, que lo hace propicio a toda suerte de desviaciones de la línea ortodoxa del partido. Por eso constituyen un elemento perturbador al que difícilmente se puede disciplinar.

La razón del antisemitismo soviético hay que buscarla, por consiguiente, en el actual cambio de la política interior del Kremlin. Los dirigentes de la U. R. S. S. saben perfectamente que su nueva política provocará una debilitación de los partidos comunistas occidentales, con el consiguiente aumento de influencia de los elementos trostkistas. También saben que la poderosa judería norteamericana cerrará sus cuadros contra Rusia; pero todo ello no parece arredrarle a la vista del objetivo que se propone, a saber: la rigurosa disciplina del partido.

Es erróneo buscar la causa del antisemitismo soviético solamente en el deseo de agradar y ganarse la amistad de los árabes. La tensión árabe-judía, si bien constituye un problema de gran importancia, no por eso deja de ser de naturaleza local. Por otra parte, el Kremlin cuenta con otros recursos para atraerse la benevolencia de los países islámicos, tales como la crítica de la política seguida por las potencias imperialistas en aquellos países. Mucho menos aún puede atribuirse el antisemitismo ruso al propósito de ganarse a los ex nazis. En realidad, la política del Kremlin tiene mayor alcance: un horizonte mundial; por ello, su antisemitismo sólo puede ser explicado a la luz de su política global.

II.—*Rusificación idiomática.*

La soviétización de los países satélites, que constituye el objetivo fundamental de la U. R. S. S., es llevada a cabo conforme a un plan sistemático. Parte importante de este plan es la relativa a la rusificación cultural e idiomática. La política de telón de acero constituye el instrumento más adecuado para esta labor de rusificación. Al quedar los países satélites absolutamente separados del resto de Occidente, la influencia comunista puede dejarse sentir con más profundidad, al no en-

contrar ninguno de los obstáculos que suponen la coexistencia con modos de vida burgueses.

El terreno más propicio para esta política de rusificación es, naturalmente, la escuela, en la que, junto a la introducción de nuevos métodos de pedagogía y formación, se desarrolla una intensa labor de enseñanza del idioma ruso. Del alcance de este plan nos da buena idea el informe de un profesor de la Universidad húngara que hace poco tiempo logró escapar a Occidente. Dicho profesor, refiriéndose a los programas de la enseñanza media y universitaria, escribe: «Asignaturas tales como el griego, el latín, los idiomas occidentales, las humanidades, la religión y todas las disciplinas relacionadas con la historia de los países occidentales quedaron abolidas. Las asignaturas principales son: el ruso, las matemáticas, las ciencias naturales, la sociología y la historia del partido (en la historia del partido, capítulos principales se refieren a la biografía y las obras de Lenin y Stalin). La eliminación de la enseñanza de la religión en todos los países satélites es cada vez más radical. Por ejemplo, en Hungría, en 1950, aprendían religión un 50 por 100 de los niños, mientras que en 1952 sólo un 3 por 100. Aunque en las universidades son prohibidos los temas occidentales, existen las cátedras de filosofía occidental, llamada filosofía reaccionaria. Se enseña las teorías de Aristóteles, Platón, Descartes, Leibnitz y Kant, procurando rebajar el valor de su obra comparándola con la de Marx, Engels, Feurbach y David Straus. Hegel constituye una excepción, puesto que se tiene en cuenta que la filosofía marxista está basada en la dialéctica hegeliana.»

La rusificación idiomática sigue los pasos de la llevada a cabo en tiempo de los zares Nicolás I, Alejandro II y Alejandro III. El método que emplea Moscú, si bien en principio se adapta a la idiosincrasia de cada uno de los países del otro lado del telón de acero, sigue idénticas directrices generales. Helas aquí: el idioma ruso es obligatorio en las enseñanzas primaria y media en todos los países. En la Universidad su estudio es libre, pero los alumnos que cursan estudios de lengua, literatura e historia rusas gozan de una muy favorable consideración.

El conocimiento de la lengua rusa es de hecho imprescindible para tener acceso a la docencia o a alguno de los puestos de trabajo de las actividades nacionalizadas. Los oficiales del ejército deben igualmente conocerlo.

Aparte de la enseñanza obligatoria del ruso en todos los países satélites, se organizan cursos especiales que, aunque no son obligatorios, casi todo el mundo suele seguir por no incurrir en tacha. La organización de esos cursos corre a cargo de las llamadas Sociedades de Amistad soviético-polaca, soviético-húngara, etc., cuyos cargos directivos pertenecen a las autoridades del Estado. Estas sociedades cuentan con importantes recursos y acogen millones de socios. La actividad de estas asociaciones es verdaderamente extraordinaria; en Checoslovaquia, por

ejemplo, en 1952 existían 13.470 cursos, a los que asistían 210.821 personas. En Polonia, durante el año 1951, funcionaron 8.250 cursos, en los que estaban inscritas 155.000 personas. Por último, en Hungría, el Instituto Lingüístico Central de Budapest dirige cursos en los cuales estudian 1.136 personas, futuros maestros del idioma ruso. A toda esta actividad hay que añadir la desplegada en las fábricas y talleres, en los que los obreros asisten a cursos especiales de ruso orientados fundamentalmente a la enseñanza de la terminología técnica rusa. La trascendencia de esta labor es enorme, toda vez que, a través de la enseñanza de la lengua rusa, se desliza de modo consciente y sistemático una abrumadora propaganda de los dirigentes y de la política soviética.

La difusión de la producción bibliográfica soviética constituye un capítulo fundamental en la rusificación de la Europa oriental. La Unión Soviética tiene librerías en 22 ciudades. Importa y distribuye libros rusos cuya tirada, en Checoslovaquia en 1952, ascendió a medio millón de ejemplares. Mención especial merece la edición de numerosos manuales de lengua rusa y de diccionarios bilingües. En Bulgaria, por ejemplo, la Unión de Sociedades Búlgaras, «U. B. S.», editó cientos de miles de manuales de ruso. En la pequeña Albania fueron publicados más de 50.000 ejemplares. En Checoslovaquia, por último, ha sido editado un cuidado diccionario ruso-checoslovaco para facilitar los estudios sobre el marxismo.

La intención que late tras esta intensa campaña de extensión de la lengua rusa es la de crear en todos los países dominados una población bilingüe que permita con el tiempo asegurar, finalmente, la supremacía del idioma ruso en todos los territorios.

La influencia cultural de la Unión Soviética se lleva a cabo, por último, a través de la radio y de la cinematografía. La mayor parte de los *films* proyectados en Hungría, por ejemplo, se pasan en idioma original. Por otra parte, las emisiones radiofónicas en todos los países satélites, sobre ser copia fiel de las soviéticas, se realizan también, en su mayor parte, en la lengua rusa.

La política de expansión soviética se encamina directamente hacia la uniformidad de los países sometidos en todos los órdenes, económico, social, jurídico, cultural, idiomático, etc.: de este modo, la aspiración del Kremlin, de integrar estos territorios en la U. R. S. S., podrá ser algún día una realidad.

La tesis del embajador Kennan, según la cual la expansión soviética no puede ser interpretada como una rusificación, es totalmente errónea. Rusia no pretende exclusivamente un dominio político a través de la Kominform; antes bien, tiene ambiciones de conquista y anexión.

III.- *Los comunistas, enfrente de la Iglesia católica.*

Después de la invasión de los países de Europa oriental por el ejército rojo, los gobiernos impuestos por el Kremlin demoraron, siguiendo instrucciones de Moscú, la inmediata lucha contra la Iglesia católica. Los nuevos regímenes concentraron sus primeros esfuerzos en la organización de los partidos comunistas, la anulación de las facciones políticas no comunistas y, sobre todo, en las reformas sociales y económicas. Sin embargo, y pese a la aparente cortesía de los generales soviéticos y dirigentes comunistas respecto del clero católico, pronto quedarían al descubierto sus verdaderas intenciones.

La política religiosa seguida por la U. R. S. S. ha tenido una doble vertiente. De un lado, se ha manifestado absolutamente contraria a la Iglesia católica; de otro, ha favorecido de un modo patente a la Iglesia ortodoxa rusa en los países de Europa oriental.

Antes de la guerra existían en Polonia, Rumania y Checoslovaquia varios millones de los llamados «unitas», católicos de rito oriental, en su mayoría de nacionalidad ucraniana, que en los siglos XVI y XVII se apartaron de la Iglesia ortodoxa rusa para unirse a Roma. Contra esta minoría religiosa se dirigieron los primeros ataques. En los años 1945-46, los obispos y los sacerdotes de la Iglesia Unida fueron deportados y sustituidos en sus puestos por popes ortodoxos, que iniciaron la «conversión» de los «unitas» a su credo. La Historia volvió a repetirse al producirse las mismas escenas que nuestros antepasados conocieron en los siglos XIX y principios del XX, durante los gobiernos de los zares en Polonia, cuando la policía y los cosacos obligaban a los «unitas» a que frecuentasen la Iglesia ortodoxa. Esta labor de fomento de la Iglesia ortodoxa se ha manifestado de modo muy patente en Polonia, donde, a pesar de que, después de la incorporación por Rusia de sus tierras orientales por virtud de los acuerdos de Yalta, sólo quedaban 50.000 ortodoxos, se han instaurado, con evidente desproporción, cinco diócesis de la Iglesia rusa: Varsovia (residencia del Metropolitano), Balystok, Lódz, Dantzig y Wroclow. Otro tanto puede decirse de Rumania, donde en el año 1949 todos los obispos fueron depuestos de su sede, al tiempo que se intentaba supeeditar la restante jerarquía católica al metropolitano ortodoxo. Toda esta política en pro de la Iglesia ortodoxa ha culminado, por fin, con la sumisión de las iglesias «autónomas» de Polonia, Rumania, Checoslovaquia y Alemania al Patriarca de Moscú y al Santo Sínodo.

Respecto de la Iglesia católica, la política del comunismo ha sido de franca persecución. Poco después de iniciarse la ocupación en los años 45 y 46, los comunistas denunciaron los concordatos vigentes desde hacía años en esta parte de Europa, expulsando simultáneamente a los nuncios del Vaticano. Al quedar sustraídas del marco jurídico las rela-

ciones entre las nuevas repúblicas y la Santa Sede, quedó el campo libre para toda suerte de abusos, arbitrariedades e injusticias.

La táctica seguida por la Unión Soviética en los países de allende el telón de acero ha sido también flexible, procurando adaptarse a las características de cada uno de ellos. El fin perseguido es, sin embargo, el mismo. En Hungría, los comunistas dirigieron primero su ataque contra la enseñanza de la religión personalizando toda su política anticatólica en la figura del cardenal Mindszenty, cuya trágica historia nos es bien conocida. En Checoslovaquia, su acción ha sido más sutil al intentar provocar un cisma mediante la creación de una Iglesia nacional. En Rumania, donde los católicos son minoritarios, el Gobierno suprimió en 1949 todos los obispos y conventos. En Polonia, donde ya hemos visto su acción respecto de los «unitas», la lucha contra la Iglesia católica ha alcanzado mayor volumen, por el hecho de ser un país en el que el 95 por 100 de su población confiesa la religión católica. El ataque empezó con la nacionalización de la gran organización benéfica «Caritas», subordinada directamente a los diocesanos. El pretexto para ese ataque lo encontraron los comunistas en la ayuda prestada a «Caritas» por la Polonia americana y por la Catholic Welfare.

La historia de las relaciones entre el régimen comunista y la Iglesia católica polaca merece especial atención, por constituir un dato decisivo para el futuro de todo el catolicismo tras el telón de acero. En líneas generales, bien puede afirmarse que constituye un reflejo de lo acontecido en la U. R. S. S. desde los tiempos de la Revolución. En la política seguida por la Unión Soviética se descubren tres principales motivaciones: doctrinal, política y estatal. La primera se halla representada por el ateísmo; la segunda, por el odio contra la Santa Sede y la persona del Papa, quien, para los comunistas, personifica no un poder espiritual, sino auténticamente político, y la tercera, por el deseo de crear una Iglesia nacional sometida y obediente al régimen, del mismo modo que lo está la Iglesia ortodoxa. El odio que los comunistas profesan al Papa, y su apego a la idea de una Iglesia fiel servidora del Estado, son factores cuyas raíces hay que buscarlas en la tradición secular de la política rusa.

El régimen comunista polaco ha declarado desde su instauración una guerra a muerte a la enseñanza de la religión y a su práctica en las escuelas: no obstante, la tenacidad de la jerarquía católica en la defensa de su credo, ha impedido que sucumbiera ante los ataques del Gobierno. En el año 1950, el episcopado polaco obligó a aceptar al régimen un *modus vivendi* por el que se reconocía el principio de la obligatoriedad de la enseñanza religiosa en las escuelas del Estado. Sin embargo, los éxitos obtenidos por el Gobierno han sido, a pesar de todo, muy importantes. Según la última declaración del cardenal Wyszyński, la enseñanza religiosa ha sido suspendida en mil escuelas, y los colegios y liceos de las Ordenes religiosas han sido terminantemente prohibidos. Como

contrapartida, las escuelas organizadas por la sociedad atea de los «Amigos de los niños» han proliferado hasta un número de mil, al tiempo que las sociedades religiosas de la juventud han sido disueltas en su mayoría y sustituidas por la llamada «Unión de la Juventud polaca», de carácter ateo y filiación obligatoria.

En lo que concierne a la libre expresión de la Iglesia católica, el panorama es también desconsolador. Siendo el Estado el único propietario y distribuidor del papel, las ediciones religiosas han quedado reducidas al mínimo, en tanto que aumentan las publicaciones ateas. Por otra parte, el decreto «sobre la protección de la libertad de conciencia» promulgado en 1948 no permite al sacerdote la crítica, desde el púlpito, del ateísmo y el materialismo, sancionando la infracción de esta norma con la pena de cinco años de cárcel. Con razón, pues, la Iglesia católica de Polonia ha sido denominada la Iglesia del silencio.

Los ataques contra la Santa Sede son casi constantes, y entre las acusaciones que contra ella se lanzan ocupa lugar destacado aquella que tacha al Vaticano de constituir un centro de actividad política. La propaganda comunista denuncia ante las masas el llamado eje W-W, que en polaco quiere decir «Eje Washington Vaticano»; éste es uno de los *slogans* más manoseados en la prensa diaria. El régimen quiere convencer al pueblo de que el Papa se halla sujeto al peso de influencias políticas extrañas, *especialmente alemana*, y por consiguiente, contrarias a los intereses de Polonia. El Papa y los Estados Unidos son presentados ante la opinión pública como los principales artífices del revisionismo alemán. Esta campaña coloca en una situación delicada y comprometida a la jerarquía eclesiástica en las tierras occidentales de Polonia incorporadas al terminar la guerra.

La nación polaca considera que las fronteras occidentales del país son definitivas. Sobre estas tierras viven actualmente siete millones de polacos que han desplazado a la antigua población luterana y entre los cuales ejercen su ministerio unos 3.000 sacerdotes. Los cardenales Elond y después Wysziński han establecido sobre esos territorios una organización eclesiástica regida en sus diócesis por los vicarios capitulares.

La Santa Sede ha reconocido *de facto* esta nueva jerarquía, pero se niega prudentemente a nombrar obispos en tanto no se firme el tratado de paz con Alemania. Los obispos alemanes desplazados a la Alemania occidental siguen siendo, por consiguiente, *de iure*, obispos titulares de sus antiguas diócesis y toman parte en las conferencias del episcopado alemán en Fulda. Esta situación ha sido explotada hábilmente por el régimen comunista, tratando de enfrentar los sentimientos nacionalistas polacos contra el Papa y el episcopado de Polonia.

En su campaña contra Roma, los comunistas intentan convencer a los polacos de que la vida religiosa en Polonia puede desarrollarse con plenitud y sin ninguna intervención del Vaticano. El propósito que per-

viguen no es otro que el de preparar un ambiente favorable para la creación de la Iglesia nacional.

El fracaso de esta política ha traído por consecuencia la acción directa contra la Iglesia. El día 10 de febrero de 1953, el Gobierno de Varsovia promulgó un decreto en virtud del cual ningún cargo sacerdotal podrá ser otorgado, abandonado o transferido sin previa aprobación del Gobierno, añadiendo que todo sacerdote puede ser revocado si «infringe las leyes o los intereses de la República popular». Con este decreto, el Gobierno pretende introducir en la jerarquía eclesiástica algunos sacerdotes adictos, de cuya actuación espera la separación definitiva de la Iglesia polaca de Roma. La acción directa se ha manifestado también en forma más cruenta con los procesos iniciados por el Gobierno en 1951 contra el clero, y con el cautiverio de cerca de mil sacerdotes en las prisiones polacas, amén de numerosas condenas de pena de muerte o cadena perpetua impuestas en estos últimos años. Con todo ello, el Gobierno polaco intenta romper el frente uniforme del clero católico.

La lucha, sin embargo, será larga, y difícilmente terminará con la victoria del comunismo ateo. Los sentimientos religiosos del pueblo polaco son tan profundos y arraigados que todo hace esperar que de la persecución surja renovada y más vigorosa la Iglesia católica de Polonia.

CONDE ENRIQUE LUWIENSKI.